

Dr. Daniel Guzman.

7. EN. 1880

La Paz.

MANIFIESTO

DEL

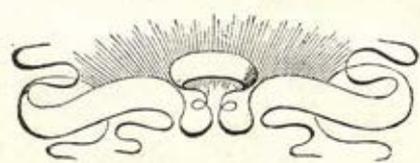
CORONEL ELIODORO CAMACHO,

SOBRE

EL ACTO DEL 27 DE DICIEMBRE DE 1879.



7765



TACNA,

Imprenta de "El Comercio."

1880.

01724

MANIFIESTO

DEL

CORONEL ELIODORO CAMACHO,

SOBRE

EL ACTO DEL 27 DE DICIEMBRE DE 1879.



TACNA,

Imprenta de "El Comercio."

1880.



MANIFIESTO
DEL
CORONEL ELIODORO CAMACHO,
sobre el acto del 27 de Diciembre de 1879.

I.

La honrosa comision que he merecido de mis compañeros de armas para presidir el solemne acto del 27 de Diciembre próximo pasado, me impone el deber de trasmitir a las naciones aliadas y a la América entera, la palabra oficial que corresponde a la esplicacion de las causas que motivaron el desconocimiento de la autoridad que ejercia el General Don Hilarion Daza y su consiguiente destitucion del mando de nuestras fuerzas.

Para cumplir esta obligacion, esperaba que el Gobierno de mi patria, accediendo a mis reiteradas insinuaciones, nombrára al Jefe que debia sustituirme en el cargo que acepté transitoriamente.

Hoy que el voto unánime de los pueblos de Bolivia me obliga a continuar con el mando de su ejército, siento llegado el caso de ingresar en estas esplicaciones, tanto mas importantes cuanto que ellas se relacionan con los intereses de dos naciones y el honor del soldado boliviano.

No entra en mi propósito formar el proceso del Gobierno de Mayo, investigando su orijen o siguiendo el desarrollo que tomó durante su vida de tres y medio años. Tarea es ésta estraña a mi objeto, y de la que mañana se encargará la historia con inflexible lógica y justicia severa. Cumple a mi objeto únicamente narrar a grandes rasgos la marcha desdichada de la presente campaña, donde se hallarán las causas del hecho que me ocupa.

II.

Conocidos los motivos de la guerra a que hemos sido provocados, entre los que no ha faltado la imprevision de los encargados de la administracion pública de Bolivia en 1878—79, preciso es no olvidar el patriótico sacrificio con que el pueblo todo empuñó el arma de la defensa nacional, con esa abnegacion, con ese sublime entusiasmo de que tantas pruebas tiene ofrecidas al juicio universal. No preguntó de qué parte estaba la razon, ni si era ella gratuitamente agresiva ó torpemente provocada. Vió su territorio invadido, su pabellon

ultrajado e indignado por el agravio, levantó su bandera y rodeó con ella al Jefe a quien ayer era desafecto; y abandonando familia y comodidades, trasmontó los Andes y siguió a aquél en busca de un enemigo cubierto por un inmenso desierto de un lado, y por el océano con su respetable escuadra del otro.

Es notorio que el pueblo de La Paz ignoraba el aviso del funesto 14 de Febrero, mientras el General Daza, aturdido en el bullicio del *carnaval*, ocultaba el parte y solemnizaba la ocupacion de nuestro Litoral (19 al 23 de Febrero.)

El correo que vino por Calama hizo público en Cochabamba el parte oficial que durante cuatro dias se habia ocultado por el primer magistrado de la República y sus desgraciados cómplices.

Sin embargo, olvido y perdon al pasado y al General Daza, fueron las primeras palabras que brotaron del jeneroso corazon del pueblo boliviano; y olvido y perdon fué el epitafio que, en situacion tan solemne, se escribió sobre nuestros extravíos políticos.

La reconciliacion de todos los partidos ante el peligro de la patria y el solo pensamiento que levantaba el espíritu público, habian hecho de Bolivia, en un instante, el gran campamento de la defensa nacional.

Agrupados todos sus hijos en torno de la bandera que hoy sostenemos, se ofrecieron voluntariamente a las órdenes del General Daza, sin recordar siquiera que era el mandatario impuesto a la soberanía del pais. El General Daza, por su parte, parece que no comprendía la elevacion del papel que desempeñaba, puesto que empapado en el hu-

mor de pasadas discordias dejaba caer gota a gota la hiel de sus rencorosos ódios.

Bolivia, víctima entonces de la miseria y de las epidemias que habian diezclado sus poblaciones, acalló sus propias quejas para escuchar tan solo la voz del deber.

Esperaba que este jeneroso arranque del mas acendrado civismo, conduciría al General Daza por el sendero de la gloria que confiaba a su espada tan feliz en las desventuradas luchas domésticas, y que hoy iba a ser purificada en contienda nacional.

III.

Poderosos obstáculos venció el pueblo boliviano para que su ejército se encaminara a este Cuartel General. Envió lo mas selecto y lo mas florido de su juventud en aras del sacrificio. Donativos espontáneos y subsidios obligados permitieron montarla convenientemente, llegando el pueblo de Cochabamba hasta equipar y vestir la que le correspondia.

El resto de las fuerzas nacionales, organizado en masas con el nombre de batallones, mal vestidos, nada equipados, sin armas, ni menaje alguno marcharon con increíble rapidez recorriendo centenares de leguas de despoblada cordillera, hasta esta ciudad de Tacna, que el General en Jefe les designara como punto de concentracion de todos ellos. Así satisfacía el Presidente de Bolivia, los reiterados telégramas de «vuele ejército a Tacna», que le enviaba el del Perú: sin comprender que el pedido de éste se referia al ejército de línea, único que merecia llevar ese nombre, pudiendo, mientras

tanto, haber quedado ese enjambre organizándose y equipándose en la patria hasta mejor oportunidad.

No se tomó para esa marcha ninguna medida, ninguna determinacion apropiada á las circunstancias. Ni el cálculo ni la prevision guiaban los consejos del conductor de nuestras valerosas huestes. Éstas contaban únicamente con su patriotismo y abnegacion para cumplir los deberes que se habian impuesto.

Con mil dificultades y presentando el triste aspecto de un ejército en derrota mas bien que del que ingresa en campaña, llegaron nuestras fuerzas a esta ilustre capital, donde el General Daza fué saludado como el héroe, como la mejor esperanza de los pueblos aliados.

Algunos de los cuerpos habian sido provistos de fusiles Chassepot y los mas permanecian todavia sin armas. Se esperaba, es cierto, la próxima llegada de las que se habian pedido a EE. UU. de N. A.

IV.

Era, sino imposible, muy difícil entrever el plan de guerra, que se proponia el director de ella, obrando en un litoral desierto con un ejército sin armas, con un ejército trunco, puesto que carecia de artillería y de una caballería convenientemente educada, y sin la competente marina para contrarrestar la enemiga. Sin embargo, eso que se llamaba ejército tenia fé en sus conductores y no dudaba que ellos lo llevarian al triunfo, a la gloria.

Tanta era la confianza que se tenia en el jénio militar de aquéllos, que cuando álguien, preocupado de la situacion, preguntaba: ¿cómo era posible

vencer con un ejército semejante?, se le respondía con un soberano desdén ó con ásperas recoveuciones como a un traidor.

V.

Escuso entrar en el exámen analítico de cuanto se ha hecho de desacertado en la actual campaña. Ni la guerra que continúa, ni mi posición actual me permiten desnudar hechos que aun permanecen y deben permanecer cubiertos. Un día la historia los exhibirá con su inflexible severidad y su acerado criterio, ante la conciencia de los pueblos y la opinión del mundo militar.

Nada diré de las desconfianzas que manifestaba el General Daza contra las personas y aun cuerpos de su ejército; de las preferencias que tenía para unos y del desdén con que trataba a otros; satisfaciendo puntualmente el presupuesto de aquéllos, mientras negaba el que correspondía a éstos, cuyos haberes se han devengado por 5 o 6 meses del año próximo pasado. Tampoco me ocuparé de aquel desgraciado incidente con el General Pérez en que para acriminar a éste se vió al Estado Mayor y a su General en Jefe, atribuir á toda la Legión Boliviana, un plan proditorio que él mismo no creyó, y tuvo que desmentirse por órden general ante la digna actitud que tomaron los jefes de ella. No recordaré las bajas inmotivadas de unos, las comisiones ficticias con que se despedía á otros, los apresamientos de éstos, las deportaciones de aquéllos, los golpes violentos aquí, las destempladas reconvecciones allí. Y ménos recordaré los derroches

del General Daza, escandalosa dilapidacion de las rentas nacionales, de que Bolivia y el ejército tenían perfecto conocimiento.

Todas estas miserias si bien acumulan los elementos de descontento y despego que causan las revoluciones, no puedo ni debo mencionar como móvil que indujo al ejército al acto de que doy cuenta. Ellas, por sí solas, servirán á lo mas para revelar el poco tino de un general, que lejos de afianzar en su ejército el afecto con que empezó a rodearlo, hace todo empeño por enajenarse ese amor, sustituyendo la fé que en él se tenía con el desafecto que traen las desconfianzas. Olvidaba el General Daza que lo primero que tenía que hacer era *alucnarse del corazon de sus soldados*, segun la expresion de uno de los capitanes de la antigüedad.

VI.

A poco del arribo de nuestras fuerzas, empezó el envio de Divisiones al Departamento de Tarapacá, marchando unas por tierra y otras por mar con las consiguientes dificultades del desierto que habia que vencer y de los cruceros chilenos que vijilaban nuestras costas durante el bloqueo de Iquique. No se comprendia, á la verdad, la razon estratégica de esa dislocacion de fuerzas a tan grande distancia de su base de operaciones que se hallaba en Arica, teniendo el mar dominado por el enemigo y el desierto sin aprovisionamiento alguno para una fácil concentracion de los ejércitos de norte y sur.

El asombro subia de grado cuando se sabia que los ejércitos aliados estaban lamentablemente dise-

minados en un desierto de cerca de 200 leguas de Pacocha hasta Huatacondo para *evitar* el desembarco de un ejército convoyado por una poderosa escuadra!!

Sin embargo, la fé en las altas concepciones de los jerentes de la guerra seguía ardiendo en el ánimo del soldado, merced á las primeras ventajas del «Huáscar» que se creía el fruto de aquellas mas bien, que el resultado de las afortunadas aventuras de un valiente marino.

La desaparicion de este héroe y la pérdida de su histórico monitor, hicieron caer de golpe esa venda de ilusiones que hasta entónces cubria nuestros ojos.

Cuando despues de aquel revés, no se veía tomar resolucion alguna, que modificase la situacion del ejército en analogia con su desventajosa condicion; cuando la inmovilidad y el mas estúpido marasmo reinaban en todos los actos de la Direccion, entónces se comprendió que hasta allí no habia existido ningun plan preconcebido, y que el fracaso de el «Huáscar», tan provocado por aquélla, no habia sido previsto siquiera, viniendo por consiguiente a caer su noticia como una bomba inesperada en el palacio de Arica.

VII.

Esto movió a muchos jefes del ejército boliviano a preocuparse de las cuestiones de guerra de que ántes se habian escusado pensar por no aparecer como intrusos, habiéndose hecho por alguno indicaciones que tendian a restablecer la cohesion

perdida del ejército y la renovación de sus gastados resortes.

El consejo no fué escuchado, y la toma de Pisagua, prevista en aquella memoria, vino á aumentar el desconcierto en los consejos del Directorio.

La misma inercia, la misma inaccion que siguió á la catástrofe de la punta de Angamos, sucedió a la ocupacion de Pisagua; y cuando creí que el General Daza volase el 3 de Noviembre sobre Jazpampa, lo hallé todavía en ésta, el dia 5 a mi regreso de Ilo, donde me llevó una comision diez dias ántes. Tal situacion me hizo desesperar de la suerte de la guerra.

VIII.

El 6 asistí a un Consejo Militar que tuvo lugar en Arica en el palacio del Supremo Director de la Guerra. La resolucion arrojada que noté en el ánimo del General Daza, para acometer los actos mas audaces, y la confianza que mostraba en su ejército para ejecutarlos, lo restauraron en mi opinion y me hicieron formar las mas lisonjeras esperanzas.

Nunca el General Daza habia podido llegar a mayor altura; jamás su estrella, siempre resplandeciente, iba a brillar con mayor fulgor que en esta vez.

El Supremo Director de la Guerra, imposibilitado por su salud, para ponerse a la cabeza del ejército aliado, le delegaba todos sus poderes sobre el teatro de la guerra situado en territorio peruano. Capitan prestigioso con inmensa reputacion de valiente y de entendido, que amigos y enemigos es-

tranjeros le discernian, el General Daza iba a verse a la cabeza de 11 a 12 mil hombres entusiastas, que volarian donde él les señalase; que se harian matar con gusto, donde él les ordenase sacrificarse.

Bajo tan prósperos auspicios, colocado en los ardientes arenales del Departamento de Tarapacá, la imaginacion lo veia destacarse como la figura gigantesca del jénio de las batallas, resolviendo con su espada la suerte de tres naciones, en presencia de dos mundos que iban a esperar sus proezas.

Mas, alguno ha dicho: *la fortuna ciega puede levantar al hombre muy arriba; solo el jénio le sostiene.* Y el General Daza, descendió desde esa altura con la rapidez de una saeta; y en ménos de un segundo se le vió precipitarse en el abismo del descrédito y perderse en el polvo de la nada.

—Yo te llevaré a la gloria, le dijo la fortuna; y él deshaciéndose de sus brazos se hizo el responsable de San Francisco.

Qué le faltó?

Aquello mismo que todos decian que le sobraba:—Valor.

IX.

Resuelta la marcha por tierra sobre las posesiones enemigas, volvimos en el mismo dia a esta ciudad, de donde partió el ejército para Arica el 8, prorrumpiendo en estrepitosos vitores de alegría, cánticos de los himnos nacionales y acordes de las bandas de música.

El 11 a las 9 a. m. prosiguió el ejército su mar-

cha de Arica, con su General en Jefe á la cabezá. Una pública desaprobacion por la hora que se habia elegido para el viaje, se notó en los vecinos que sabian la manera y condiciones de tales travesías. «Se le ha aconsejado al General, decia alguno, emprender su marcha por la tarde, pero él ha contestado que *sabe muy bien conducir soldados y que no necesita indicaciones. Esa tropa tiene que arruinarse.*»

En efecto, aquella noche acampaba el ejército a las 5 o 6 leguas de Arica, rendido de fatiga y de sed, y con mas de 200 rezagados que quedaron a retaguardia. El General Daza influido por el desaliento, manifestaba su despecho por esa irritabilidad y mal humor característico con que respondia a las contrariedades de la vida.

No seguiré paso a paso, ese para siempre doloroso *via-crucis* del ejército boliviano, donde la falta de método y nada mas que de método en la conduccion de una masa de ejército, victimó muchos soldados e hizo imposible e impracticable lo mas practicable y posible de los hechos humanos. Tampoco entraré en los detalles de la no ménos desgraciada y memorable *contra-marcha de Camarones*, vergüenza militar de la mas ciega imprevision, que se levantará en el porvenir como un eterno monumento edificado para el perdurable baldon de sus autores y ejemplar castigo de los cobardes.

Basta a mi propósito decir: que el único responsable de ella es el General Daza; aunque él asegure que fué influido por muchos Jefes de su círculo; tanto porque pudo evitarla con su incontestable enerjía, cuanto porque la ley no admite tal excusa incompatible con el mando superior de un ejército. Por otra parte, cuando nos persuadimos de la re-

solucion que tenia el General Daza de no llevar el ejército adelante, opinamos varios Jefes, desde el principio hasta el fin del consejo de guerra que tuvo lugar el 15, que “la órden de avanzar o de contramarchar el ejército desde Camarones, el General en Jefe debia darla de Pozo Almonte, donde él iria conmigo y dos edecanes.»

Sin embargo, ni esa tarde ni a la madrugada del siguiente dia emprendió marcha el General Daza. A las 9 a. m. del 15 me llamó a la oficina telegráfica donde me presentó un parte del General Prado en que le decia mas o ménos estas palabras: “Viendo que no puede U. pasar adelante con su ejército, el consejo de guerra que anoche convoqué ha resuelto que el General Buendía ataque mañana al enemigo; siendo por tanto no solo peligrosa sino innecesaria la marcha de U. al sud.”

Entónces supé que léjos de decir a Arica en el dia anterior, lo últimamente acordado, el General Daza se habia escusado únicamente con la “imposibilidad de pasar adelante.” Así se esplica la respuesta del General Prado.

X.

El haber ido despues hasta cerca de Tana para luego regresar a Chiza porque le *habian asegurado* que allí estaba el enemigo; el haber marchado otra vez a Tana sabiendo que ni uno solo existía en aquel punto, para volver en seguida con la noticia de la derrota de San Francisco, son idas y venidas de indecision tristísima que no se toleran ni en un cadete imberbe de nacionales, y mucho ménos en el Capitan General de un ejército y Presidente en-

cargado de la defensa nacional. Allí faltó sino el discernimiento y buen tacto del General, al ménos el coraje y atrevimiento del soldado. ¿Por qué no hizo un reconocimiento de Tana ántes de pensar en contramarchar, sobre todo cuando lo acompañaba el Escuadron Escolta? ¿Por qué no hizo, lo que está obligado a practicar el mas subalterno oficial de una vanguardia en tales casos? Está visto que las contramarchas, inspiracion del miedo, pesaban como una fatalidad sobre el desgraciado General.

Muy triste y enlutada fué, en efecto, aquella tarde del 16 en que a horas 5 desfilaban los batallones místios y pensativos en ancenso lento, la cuesta de Camarones hácia Arica. El cielo mismo parecia ruborizarse de acto tan vergonzoso, cubriendo al sol en su ocaso con un tinte siniestramente purpurino que infundía fatídicos presajios mas fáciles de sentir que de espresar.

XI.

Los jóvenes de la Lejion y escolta de Coraceros que quedaban en Camarones comenzaron entonces a decir en voz alta:

—«Traicion».

—«Cobardia».

—«Hé ahí los efectos del enviado chileno con quien habló en Arica.

—«Se reserva el ejército para seguir oprimiendo la patria. Hay que apresarlo.

—«Nó, hay que fusilarlo.....¿Por qué? decia otro, hay que ahorcarlo, quemarlo y aventarlo como a los Gutierrez».

Fácilmente se comprende cuántas instigaciones

recibí entonces, considerado como opositor al gobierno de mayo y siempre mal visto por éste hasta pocos días antes, para encabezar en esos instantes un movimiento político que depusiera al General Daza.

Unánime la juventud en su pensamiento no hallaba obstáculo para realizarlo. El General Daza estaba a su alcance; ¿quién podía oponerse a la intimación de prisión que se le notificase? Veía para mayor seguridad que las municiones quedaban todavía allí, para no temer del resto del ejército y marchar a dar cuenta al Supremo Director.

Aunque exaltados los jóvenes eran accesibles a la razón. Bastó mostrarles las responsabilidades a que daría lugar ese hecho consumado en momentos en que talvez se resolvía la gran cuestión del sur. Se les dijo que si había error en el General Daza por haber ordenado la retirada, acaso no existía un crimen, puesto que no comprendía el mal que a sí propio se hacía, cubriéndose de oprobio en el presente y de vergüenza en el porvenir. Que sobre todo, si alguno se consideraba con más aptitudes que aquél para conducir mejor la guerra, podía ponerse al frente; que yo y todos le ayudaríamos, pero que me declaraba por mi parte sin competencia para ello.

Cedieron. Mas no sin que yo dejase de oír murmurar por lo bajo la palabra *cobardía* aplicada sin duda a mi persona.

Nada importaba; prefería ese calificativo a la nota de perturbador del orden en el ejército, que habría merecido si acojo el empeño. No por echarla de valiente iba á aparecer criminal. Me revestí pues, del mayor estoicismo.

Dos elementos deletéreos corroen, á mi juicio, las instituciones republicanas de las naciones: las tiranías que producen las revoluciones y la demagogía que crea los tiranos. No soportar la opresion abusiva que viene de arriba, ni prohiñar el levantamiento innecesario que sube de abajo, tal ha sido y será el guia constante de mi conducta.

XII.

El 19 en Chiza, á las 12 de la noche, supimos que ese dia se habia oido una fuerte detonacion de artilleria en las posesiones chileuas, lo que hacia presumir que habia tenido ya lugar el combate últimamente anunciado para entónces.

El General Daza, acompañado de su escolta habia avanzado esa tarde sobre la quebrada de Tana.

Los 100 jóvenes de la Legion permanecian en Chiza esperando las municiones que hacian contramarchar desde Arica, donde por imprevision, ó desconfianza fueron conducidas las que quedaron en Camarones.

Recibidas a esa hora, emprendimos marcha a la una de la mañana. Eran las 8. 40 m. a. m. cuando despues de haber caminado 4 a 5 leguas, descubrimos una fuerza de caballeria que venia hácia nosotros. No teniamos duda alguna de que fuese el General Daza, cuyo regreso era el anuncio seguro del desastre de nuestro ejército.

Así fué en efecto. Cuando nos encontramos y nos avisó lo que le habian referido los derrotados de San Francisco, al primer golpe del estopor sucedió un vehemente acceso de cólera poco disimu-

lado en todos los semblantes. Contramarchamos y llegamos al siguiente día á Camarones.

XIII.

Allí nos esperaba el General Daza con quien permanecemos por dos días. No necesito repetir, como se reiteraban las murmuraciones de descontento y los deseos manifestados anteriormente, pero sin dirijirse ya a mí; sino como simple aspiracion y como motivo de buscar *un hombre*, que salvase el honor del ejército profundamente vilipendiado.

No lo comprendia yo del mismo modo. Si el ejército estaba humillado, por la pérdida de su crédito, no bastaba deponer al General que mal lo habia conducido, para restaurar su honra; era necesario prometerse lo que aquél no habia podido hacer, esto es, llevar a mejor término las aspiraciones de la guerra que naufragaban en deshecha tempestad. Además, ¿cómo vería este hecho la república aliada? ¿Y cual sería la opinion de Bolivia a este respecto, de Bolivia que mostraba tanto ahinco por conservar la paz a todo trance?

Examinada bien la cuestion, no existia ninguno de esos graves motivos que canonizan las revoluciones. Porque preciso es reconocerlo: ellas no son justas y necesarias sino como un último recurso a que apelan los pueblos oprimidos, despues de agotados los medios razonables de reclamacion. Antes de esto, no son aceptables, porque no tienen razon de ser; no son justificables, porque no se puede esperar la reparacion que no se demanda.

El General Daza podia en adelante marchar mejor aconsejado y enmendar los desaciertos en que habia incurrido. Y mientras Bolivia no lo destituyera del poder, su ejército residente en Tacna, no podia pensar en ello, sin hacerse reo de abuso de fuerza y de usurpacion de la soberania nacional.

Tal mostraba, en efecto, ser su propósito cuando declaraba que si estallase revolucion en Bolivia no iria a sofocarla, porque se consagraba íntegramente a la guerra; y tal nos decia un dia al Coronel Castro Pinto y a mí, pidiéndonos nuestra colaboracion y apoyo en cuanto se relacionase con la actual campaña. Se la ofrecimos muy sinceramente, y trabajábamos en suministrarle cuanta idea pudiese convenir á nuestro comun objeto.

XIV.

Mas, hé aquí, que súbitamente se le vé cambiar de parecer; y el hombre que no pensaba en ir á combatir revolucion alguna en Bolivia, resuelve marchar a *prevenir* la que le amenaza, y quien prometía consultarnos todas sus determinaciones las toma por sí con cierto aire de misteriosa reserva.

En efecto, el 23 de Diciembre supe por uno de los Jefes de línea, que le habia prevenido para emprender marcha a Bolivia dentro de breves dias. Esta misma noticia me la repitieron otros. El 25 hallé que el General Daza conversaba confidencialmente con tres Jefes del ejército; me retiré prudentemente, pero poco despues llegó á mi conocimiento que necesitaba cien mulas para el trasporte de la artillería; que la caballada de la Lejion iba a ser distribuida entre los oficiales y rabonas, y que decia,

mostrando un impreso de La Paz en que se le atacaba: "este papel y otros mas tengo guardados en " mis petacas para empapelar los pechos de ciertos " bribones en Bolivia y agujerearlos a balazos."

A otro le decia: "vamos a La Paz, acompáñeme con decision, que yo lo llevaré muy arriba en " su carrera, pues quiero enseñar a esos pícaros lo " que es una tiranía."

Al contemplar el efecto de las balas explosivas de los Krapps, exclamaba con embeleso: "ya veremos dónde van a parar las barricadas ante estos " cañones."

La marcha era un hecho. Las revelaciones del General Daza, en el lamentable oficio que, al siguiente dia del 27 de Diciembre, ha dirigido a S. S. el Jefe Superior Político y Militar de los Departamentos del Sur de esta República, han venido a confirmarla.

Ellas dicen mucho mas de lo que yo pudiera expresar sobre la orden del regreso a Bolivia, bajo el pretexto de ir a ocupar las posiciones de Calama. ¡Atacar Calama desde Taena por La Paz!.....Es una idea que solo puede tomarse o por burla, si no se quiere ofender al buen sentido, o como la careta con que se encubre algun desiguio pernicioso que avergüenza revelararlo.

Las intenciones depravadas eran de todo punto manifiestas. Se habia comenzado por el licenciamiento de los cuerpos de nueva creacion. Muchos de sus soldados, arrojados de los cuarteles por orden del General Daza, vagaban en las calles de esta hospitalaria ciudad, demandando la caridad pública. Contábanse entre ellos alguno: de los beneméritos vencedores de Tarapacá.

Y por qué se guardaba reserva de los demás Jefes que no pertenecían al ejército de línea? Cómo es que siendo yo Comandante General de la Legión no se me había advertido para los aprestos? Es evidente que se meditaba uno de esos planes horrendamente proditorios contra la patria, su alianza, sus libertades y sus intereses.

XV.

Confirmada la noticia de la orden de marcha, un lúgubre y sangriento cuadro de catástrofes en el porvenir se desplegaba ante mi vista.

El ejército boliviano desertando del teatro de la guerra sin haber conocido siquiera al enemigo!

Bolivia engañando á su hermana y aliada la República peruana, despues de haberla comprometido en guerra, despues de haber visto en poder del enemigo su mas valioso Departamento!

Rota la Alianza!

Un ejército que no se supo conducir hasta las posiciones chilenas, para arrojar de su suelo al usurpador; entrando altanero a la patria para apagar sus rifles y sus cañones contra el pecho de sus hermanos. La salvaguardia de la Nación convertida en instrumento de su muerte!

Un general que despues de mostrar su ineptitud para defender la honra y territorio de la patria que representa, iba a probar sus instintos tiránicos, oprimiendo a ese pueblo deshonrado y cercenado por los errores de su mala administracion.

Bolivia anegada en sangre y martirizada talvez como nunca.

Y una vez perdido su honor en el exterior, estranguladas sus libertades públicas en el interior, esa nación tenía que cubrirse de opróbio y llenarse de ignominia para siempre, si no contaba en su seno con hombres de honor, que hicieran alto a tan pérfidos designios, y pechos esforzados que arros-tráran el sacrificio.

XVI.

Llamé a esos hombres, y al momento me escucharon.

Me es grato, y será honroso para el ejército confesar, como confieso, que no tuve que solicitar cooperación ni conquistar adeptos para la solemne destitución del General Daza. Bien es cierto, que no se trataba de mi persona sino de la Patria. La idea del crimen que el General Daza meditaba contra aquella, estaba en todas las conciencias; la repugnancia de complicarse con él, se pintaba en todos los semblantes. Solo el temor de las delaciones sellaba los labios; pero sus miradas de inteligencia llenas de ansiedad, me llamaban elocuentemente a ponerme a su cabeza y terminar de una vez con ese mundo de ignominia que empezaba a formarse. Recordé que las revoluciones no son justas, sino cuando son necesarias; y que no son necesarias sino cuando se han agotado los medios razonables para evitar los males que vienen de la autoridad.

En tal concepto, resolví que los tres Comandantes Generales de División del Ejército, asociados del Secretario General y Jefe de E. M. G. nos aperse-náramos ante el General Daza para representar-

le las inconveniencias de la marcha y rogarle desistiera de tan funesta idea.

Indicado el pensamiento a ellos, fué aprobado por unos y refutado como impracticable por otros. Fundábase éstos ya en el carácter violento, atrabiliario e irascible del General Daza, que estallaría como una furia al oír la insinuación, contestándonos acaso con algún desaire, y ya también en su característica falsa, que aparentando aceptar por el momento, volvería a ella con más empeño, una vez que fuésemos desairados y eliminados de la escena.

Estas reflexiones eran tan poderosas, que no hallé réplica que oponerles.

XVII.

«Los responsables de las revoluciones, dije entonces, son los que las hacen necesarias.»

Mi resolución estaba tomada.

Y la manera con que se verificó el acto solemne del día 27: por una parte, el orden, disciplina y moralidad que ostentó el ejército captándose el aplauso y admiración de esta noble ciudad; y por otra, el himno de regocijo universal con que Bolivia ha contestado a la noticia, reconociendo en ese ejército al salvador de su honra, de sus libertades y de la alianza Perú-boliviana, dicen lo bastante para definir su naturaleza.

El movimiento operado en Tacna no fué uno de esos escandalosos motines de cuartel ejecutados para cambiar por lucro las figuras del escenario político, sino un esfuerzo del ciudadano armado para parar al crimen en el momento de emprender su camino.

No ha sido una de esas revoluciones bastardas nacidas de las ambiciones menguadas del espíritu de caudillaje; sino una evolucion *legítima*, por que colaboraba a la voluntad nacional, y *santa*, porque la inspiraron la justicia y el deber.

No fué, como cree la obcecacion del partidaris-
mo, el fruto de una culpable pretension de poder
conducir mejor la guerra, ó lo que es lo mismo, «un
pacto con la victoria ó la muerte»; sino el cumpli-
miento de la obligacion que tiene el hijo de inter-
ponerse entre la madre y el pañal que va a desgarrar
su sagrado seno; entre ella, y la incontinencia
que vá a deshonrarla.

Si todo esto es un crimen y «un hecho sin ejem-
plo», caiga inexorable sobre nuestras cabezas la
cuchilla de la lei, y el anatema de la opinion nacio-
nal sobre nuestros nombres.

No hemos tenido la pretension de poder rectifi-
car los desaciertos de la guerra a tan mal término
conducida; porque esto solo puede hacer quien tie-
ne la seguridad de obrar mejor, y no puede tener
esa presuncion quien como nosotros conoce la actua-
lidad de la guerra.

Nadie retrotrae las ventajas perdidas, ni puede
dar vida a lo que dejó de existir. Y el ejército boli-
viano disminuido en dos tercios de su efectivo, y
sus caudales mermados en dos millones de fuertes,
y la escuadra aliada reducida á la impotencia y
bloqueados los puertos peruanos y.....mil otros
hechos que nos causa enumerar, son cosas que no
se pueden restaurar fácilmente para que puedan
creernos tan necios que hubiéramos tenido esa puer-
ril pretension.

Es por esto, que apénas salvada la aliauzza y las

libertades pátrias, lo primero que pedí al Gobierno de Bolivia, fué un Jefe mas apto, mas experimentado y hábil que yó para seguir con las operaciones de la guerra, que se habian hecho tan difíciles, en ocho meses de inactiva campaña, llena de tantos revéses.

XVIII.

Declaradas así las causas que produjeron el 27 de Diciembre; manifestados con leal franqueza los móviles que impulsaron nuestro brazo, hacemos una reversion sobre nuestra conciencia, y despues de examinarla y de interrogarla hallamos en ella un signo de aprobacion que harto nos enorgullece; y tanto, que si perteneciéramos á la antigua Roma, podriamos subir al Capitolio, con la frente erguida, para repetir allí la fórmula:—*«Juro por los dioses haber salvado mi patria.»*

Pero, ya que no pertenecemos á esa época ni á ese lugar, y sabemos cuánto puede errar el hombre al juzgar sus propias obras, nos limitaremos á decir—

Naciones aliadas: Nuestro acto del 27 de Diciembre de 1879 está á vuestra vista. Ahora, ¡Juzgad y fallad!

Taena, Enero 22 de 1880.

ELIODORO CAMACHO.